

José A. Ramírez Lozano
El cuerno de Maltea

algaida



Primera edición: 2011

© José A. Ramírez Lozano, 1997, 2003, 2011

© Algaida Editores, 2011

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-608-9

Depósito legal: M-5.443-2011

Impresión: Lavel I. G., S. A. (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para mi hija Carmen,
que fue mi primera lectora.*

I. LOS CAMPOS DE MONSALUD

LULINO TENÍA UNA CABRA MOCHA QUE SE llamaba *Maltea*. A Lulino Sánchez Caro, cuando le dijeron en el pueblo que tenía que vender la cabra, le dio un patatús del disgusto y tuvieron que llamar a don Higinio el médico.

—¡Que es mentira, Lulino! —le decían.

Y Lulino, con los ojos vueltos, venga a tragar saliva sin decir ni mu.

—¡El anís! —reclamaba a voces su hermana Josefita—. ¡Trae acá un poquito de anís de ese de mora!

El anís de mora es un anís meloso hecho del zumo negro de las moras. En cuanto Lulino lo saboreó, dio en abrir los ojos y en llamar a la cabra chascando con la lengua, como si fuera un lenguaje que sólo él y el animal entendían.

—Aquí la tienes ya, Lulino —lo consolaban.

La de Lulino era una cabra celosa y sensitiva, y que no había modo de que viviera sin él, lo mismo que Lulino sin ella; los dos unidos por la naturaleza brava de los campos, enfrentados ambos a la adversidad que parecía venírseles encima.

—Yo, no; yo sin Maltea no me marchó de Monsalud.

—Mira que eres cabezón, Lulino, hijo —se desesperaba la hermana, tratando de hacerlo entrar en razones—. ¿Tú no ves que en Sevilla no dejan tener un bicho así?

—¡Maltea no es ningún bicho! —se crispaba él entonces—. Además, si dejan a los perros, ¿a ver por qué no a las cabras?

—Pues porque los perros son domésticos y las cabras no. Tú me dirás, si no, qué va a hacer una cabra metida en un piso, cuando lo que el animalito quiere es campo y más campo. Es que eso es martirizarla. ¿Es verdad o no es verdad? ¿Eh, don Higinio?

—Ya lo creo —confirmó el médico, imitando la voz grave de la sabiduría—. La ciudad no está hecha para animalitos así, Lulino. Los humos y el tráfico acabarían con su naturaleza. Ni leche

que te daría, y mucho menos cabritos; porque allí no habría manera de encontrarle con un macho, eso seguro.

Pero Lulino que no y que no, negando con la cabeza y venga a manosear a la cabra, como si se tratase de la condición misma de su alma, sin la cual no se montaría jamás en el coche con su hermana.

—Pues tú verás —lo amenazaba Josefita, poniendo sus brazos en jarras—, porque yo el día catorce me largo a Sevilla con Quirico y el Nono, y tú quedarte en Monsalud, no te quedas.

—¿Y eso por qué? —se revolvía el Lulino con su media lengua de trapo.

—Porque no; porque bien que me dijo madre que no te dejase solo, que tú conmigo siempre. Yo qué más quisiera que quedarme aquí en Monsalud con mis gallinitas y mis gentes, pero la vida hay que ganársela, y aquí en el pueblo no quedan más que años malos y venga años malos y hay que salir donde sea con tal de sacudirse esta miseria que nos come.

—¡Pues yo me quedo! —erre que erre Lulino.

—¡Tú no te quedas!

—¿Y por qué?

—Pues porque tú no tienes ni la edad ni el juicio para quedarte aquí solo. Y, además, vamos a vender la casa.

—Yo tengo ya diecisiete.

—Pues como si tuvieses cinco, qué más da. La edad hay que cumplirla con la cabeza, Lulino, y no sólo con el cuerpo. ¡Inocente, que no eres más que un pedazo de inocente al que se comen por sopas!

Lulino entonces bajó la cabeza como aceptando el sino de la desgracia y se salió al corral con la cabra. Desde los bardales altos del corral de Lulino se divisaba el valle con sus huertecillos y olivos y, al fondo, el perfil oscuro de la sierra. A veces, en las tardes tibias de la primavera, bajaba de ella un relente montés que traía el aroma de la jara, lo mismo que una marea terrenal que emborrachara los sentidos. Maltea se encaramó también sobre el bardal y estuvo contemplando con él aquel paisaje suyo de la infancia, más suyo ahora que sabía que iba a perderlo para siempre.

—¡Quirico! —voceó desde lo alto—. ¡Mi hermana dice que va a venderme a Maltea!

—¡Pamplinas!

Quirico, su cuñado, era más consecuente que su hermana Josefita y trataba siempre de conformarlo. Quirico le tenía dicho que a lo mejor en Sevilla podía sacarla de noche a pastar los parques y las enredaderas de las callejas; y que tenerla, que a lo mejor podía tenerla en una azotea a la que daba el piso.

—Mi hermana dice que no, Quirico.

—Tú, a tu hermana, ni caso, Luli. Tú, lo que yo diga.

Quinco se había pensado siempre que el suyo de Quirico era un mote y no un nombre como los demás. Quirico tuvo que soportar que le hiciesen el gallo en las tabernas y le mentaran los espolones con la guasa y los colores de la cresta cuando se pasaba con el tinto. Eso hasta que vino don Benigno el cura, aficionado a la caza como era. El primer día que salieron juntos al monte, lo sacó del equívoco.

—¡Quién dijo mote! —reparó el cura, echando el seguro a su escopeta—. Quirico es un nombre, y de lo más cristiano. San Quirico fue mártir allá en Cilicia. La Santa Iglesia celebra su día el dieciséis de junio.

A Quirico entonces le volvió la dignidad y se hizo uña y carne del cura. Este, con el cuento de la

caza, le enseñó la letanía en latín y varias historias de santos. Quirico, a cambio, lo ayudaba en misa o acudía a recebarle los cartuchos en la sacristía.

—Quirico —le propuso un día, mientras bañaban la sierra—, ¿quieres irte a Sevilla de sacristán?

—Yo sí, don Benigno —aceptó él—. Yo, con tal de quitarme de esta miseria de los campos, donde sea.

—Donde sea, no: a la catedral, Quirico, a la mismísima Catedral Metropolitana de Sevilla, que no es moco de pavo.

—¿Y qué tendré que hacer? —se fue quitando Quirico la canana del sofoco.

—Tú llegas, te pones a las órdenes del sacristán mayor y a lo que manden; que mandan vestir roquete, tú a tu roquete; que mandan portar ciriales, tú a tus cirios.

—¿Y cantar? —se angustió Quirico—. ¿Habrá que cantar latines?

—Puede. Bueno, y a ti, ¿qué?

—No, lo digo por lo de los gallos, que ya sabe usted los gallos que me salen cuando canto.

—¡Pamplinas! —remató el cura—. Tres veces le cantaron a san Pedro, y ahí que lo tienes: patrono de la Iglesia.

Quirico se lo dijo esa noche a Josefita y ésta ni rechistó. Al contrario, fue ella quien animó a Quirico haciéndole ver que en ello les iba no sólo su salvación sino el porvenir del Nono, su hijo, y hasta la redención del inocente de Lulino.

—Lulino —le dijo su hermana esa mañana—, ya estás a vender la cabra, que nos vamos a Sevilla.

Y fue la primera vez que tuvo que venir don Higinio y que el Nono se quedó sin comer, porque a Maltea, la cabra, se le agriaron las ubres.